

LOS PATIOS y LOS MUERTOS  
Cuentos de Viejas



CIPRIANO RODRÍGUEZ SANTA MARÍA

LOS PATIOS Y LOS MUERTOS

Tradiciones orales

Narraciones Esotéricas

RODRIGUEZ

Tomo I

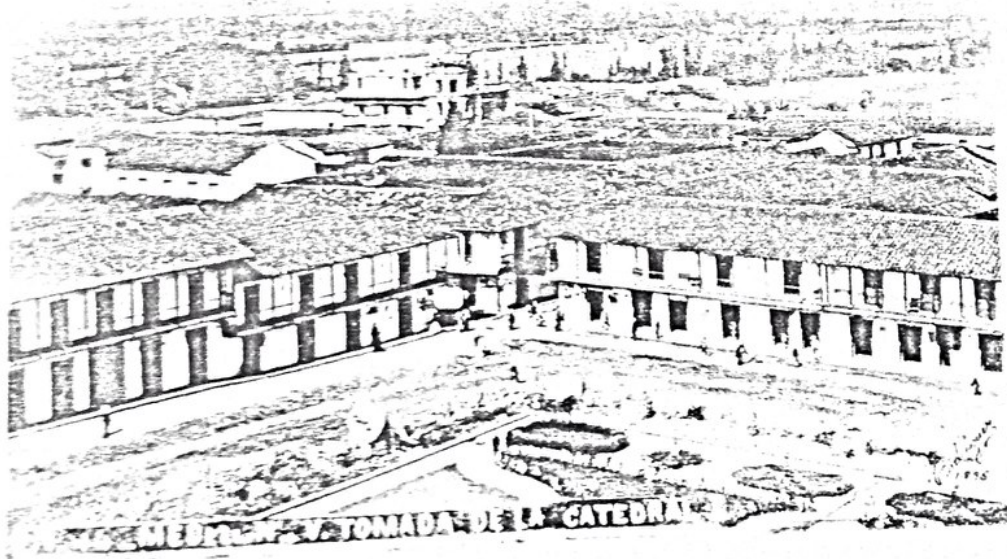
Cipriano Rodríguez Santa María

1965 a 1983

# EL CORONEL CIPRIANO RORRÍGUEZ GONZÁLEZ



Aquí está el  
hombre.  
y también la  
esquina en donde  
mi cuerpo cayó en  
una gran piedra  
verde y mi alma  
voló a Dios.



# EL 16 DE OCTUBRE DE 1862.

Esta fecha fatal marcará siempre un triste recuerdo para los Colombianos i mui particularmente para los hijos de Antioquia.

Mucha sangre i muchas lágrimas debian correr para restablecer a Colombia i tal vez las últimas i las mas caras fueron las que se vertieron en Medellin el 16 de octubre de 1862. La incorporacion de Antioquia a la Union Colombiana; i, la redencion de mas de trescientos ciudadanos que agotaban su sufrimiento en la cárcel de esta ciudad, fueron selladas con la sangre del virtuoso i valiente Coronel Sr. **CIPRIANO RODRIGUEZ** que cayó asesinado en una de las plazas de esta ciudad, i con las lágrimas de su apreciable i desconsolada familia. Sello carísimo, pero inviolable, porque de hoy mas, no habrá un solo Antioqueño que tolere en esta seccion la dominacion de los hombres que a costa de tan preciosas víctimas pretendan monopolizar el poder.

Nosotros, no tuvimos el honor de llevar estrechas relaciones con el Sr. Coronel **RODRIGUEZ**; pero los pocos dias que nos cupo el de ser sus compañeros de prision, nos bastaron para comprender que poseía las dotes mas estimables como Ciudadano, como Padre, como Esposo, como valiente i como amigo.

Los amigos i compatriotas del Sr. **RODRIGUEZ** en el pesar que les ha causado su desgracia, encuentran el consuelo de ver en sus nobles hijos los modelos mas fieles de sus virtudes; i nosotros creemos cumplir un deber, manifestando de esta manera pública la parte que tomamos en tan justo duelo.

Medellin, 30 de octubre de 1862.

Los Jefes i Oficiales de la Brigada "Mosquera."

La  
noves  
al  
brigada "Mosquera" rinde ho-  
coronel muerto.

## EL CORONEL CIPRIANO

RODRIGUEZ GONZALEZ \*

En recia piedra labrada, de las verdes canteras de otros tiempos, cayó derrumbado el coronel Cipriano Rodríguez González.

Los fusileros apostados tras las ventanas de un caserón de la plaza Mayor, dispararon a mansalva, hiriendo la espalda de un liberal de las altivas tierras de nuestra Antioquia, La grande, como se le solía llamar.

Rosas rojas quedaron donde arranca el camellón de la Alameda: Era el 16 de octubre del año de 1862.

---

\* Tatarabuelo paterno.

Un buen daguerrotipo nos muestra a nuestro coronel como hombre enjuto y garboso, de sienes plateadas, en una palabra, bien plantado.

De su padre, don José María, heredó la vocación militar, pues cuando mozo encontramos a José María en la Maestranza de Rionegro de Antioquia, verdadera Universidad guerrera del Sabio Caldas, en donde, a más de las lecciones de estrategia y artes bélicas, se convirtieron en cañones los bronce de las campanas y las rejas de fierro traído de España. (1)

Don José María se recibió como capitán, contaban los viejos, grado ideal para un militar, y debió morir apenas superada la mocedad, con su patria ya libre.

Poco, que yo sepa, se ha estudiado entre nosotros a esa otra Antioquia de aires heterodoxos, en donde algunas ideas

---

(1) El hierro de nuestra Provincia sirvió, pues, para que se fundiesen cañones y se forjasen lanzas. Por ello la labor de carpintería hubo de suplir a la de herrería y en las aguas del Rionegro se templaron armas libertadoras... Nos quedaron vacías las espadañas. El Sabio en su patria chica, apenas pudo fundir las pesas del reloj de la Torre...

jacobinas hicieron carrera en polemistas como Camilo A. Echeverri, Nito y El Indio Uribe, para mencionar apenas los famosos... Hombres de curul y farándula, crema de la Antioquia picaresca y minera, en la que se mezclaban sangres africanas y hebreas de español inquieto, amigo del azar, sensual, y también religioso.

Los Señores, como español que se precie, dividían su existencia en tres porciones: La primera del tercio era para servir a su Rey, la segunda para litigar en tribunales y la restante para la oración.

El pueblo era amigo de los *repentistas*, troveros de caminos y de fondas, y rebuscadores de la vida.

Nuestro coronel tuvo que ser hombre de excepción en aquellas tierras de godos viejos y nuevos, echados a labores de usura y de comercio. Aún los propios copartidarios distinguidos de don Cipriano no pasaban de polemizar y vociferar, mientras pocos, como don Pascual Bravo o como él, fabricaban pólvora mostacilla, armaban a sus peonadas, cambiando sus bateas de

mazamorrero por fusiles que en el argot popular se llamaban "hechizos"...(2) y se tiraban a la guerra.

En aquella Antioquia conservadora del doctor Berrío se cavaron trincheras, y al otro lado de ellas, no menos antioqueños por ser liberales, se oían en los vivacs los bambucos de los rojos.

Con charreteras de coronel, entre los jefes liberales del Norte, querido por sus muchachotes de Anorí, era don Cipriano todo un jefe natural a quien la suerte le fue adversa tanto en la guerra como en los dados.

Las tropas de los liberales caucanos, acampadas en la Aldea de María (hoy Villa María), eran dueñas virtuales de Antioquia y el elemento conservador de la Montaña andaba en desconcierto indiscriptible. El coronel Rodríguez estaba entre grillos y ya el propio Berrío andaba galgüeando por los riscos de Fredonia, para salvar el pellejo.

---

(2) Hechizas, era el nombre que recibían aquellas armas de fabricación artesanal, de fisto, que se debía cebar bien para que dieran fuego.



Seguramente no fue Berrío quien diera la orden de fusilar al coronel, como lo han pensado tantos de nuestra casa en estos largos cien años... El hecho real se reduce a la cobardía de quienes apostaron, calculadamente, sus bocas de fuego tras las chambranas para hacer lo que nunca hace un valiente.

Como todo recuerdo nos queda un Decreto de Honores, en pálido papel azul, piadoso sobreviviente de tanta vergüenza. *Le lloran sus compañeros de armas de la Brigada Mosquera,* que era su Brigada, reza el papelito.

Muy hondo conmovió a la gente de Antioquia la muerte de un hombre tan de la tierra. Veinte años antes, en 1842, en la compañía de don Manuel Vargas, en el Distrito de Zea, había arrancado a los aluviones del Nechí, Tenche, Porce y Anorí *considerables cantidades de oro*, al decir de don Vicente Restrepo.(3)

---

(3) RESTREPO, Vicente. Estudio sobre las minas de oro y de plata en Colombia. Ed. FAES, 1979. p. 45.

No todo en la vida son virtudes: jugaba a dados y jugaba fuerte. Un día, ya bien entrada la década del cincuenta, la suerte le volvió la espalda, con toda su dureza, y hubo de escribirle a su hijo Ricardo - nuestro Papá Ricardo - estudiante, por aquel tiempo la de ilustre Sorbona de París, para decirle que ya no podía seguir sosteniéndolo... (ya veremos qué hizo el muchacho).

Desembarazado por el destino de sus muchos bienes, quedó más libre para empuñar armas y seguir ideales románticos.

Ahora anda aherrojado nuestro *preso político*, herido, como si fuera poco, en un loco intento de liberación que llevaron a cabo 18 jóvenes liberales, muchos de los cuales acudieron sin armas, como Antonio María Rodríguez, que fue el primero en abrazar a uno de los centinelas de la cárcel, con propósitos de quitarle el arma.

Y se llegó el día decretado para aplicarle la famosísima *Ley de fuga*, en pleno día y en plena plaza, nada más cuando pusiera los pies en la bella piedra verde, en el mismo arranque de la calle de la Alameda.

LOS ALBARGATAS D

Sus hijos levantaron el cuerpo de el coronel, y también la piedra, y los llevaron por el camellón, camino del camposanto de los ricos.

Con un cincel, de honda mordida, grabaron sobre la piedra la fecha escueta: 16 de octubre de 1862 y desde entonces, bajo esa piedra, se fueron enterrando los cuerpos de los niños inocentes de la familia, cuyos nombres, como el de todos esos niños, nunca le han interesado a nadie más que a su Creador.

trato de  
José María  
que por  
Hortacio  
obla así  
bando pa  
interquic  
de la vida en su  
Faba obra de un hombre  
de aquél en los

Medellín, 13 de agosto de 1912.

Señor Doctor

FRANCISCO A. URIBE

Mi querido Pachito:

He llenado los campos de la lista que me envió y además le remitio algunos datos más completos.

Nació mi padre en Anorí, el 23 de agosto de 1834; fueron sus padres Cipriano Rodríguez Gozález y Rafaela Roldán: sus hermanos Melitón, José María y Ana Rosa. Vino la familia a Medellín con el objeto de educarlos, en el año de 1840; en esta ciudad estudió mi padre con el Doctor José María Lince, luego pasaron a Bogotá en 1851, y allí en el Colegio del Espiritu Santo (Rector Doctor Lleras) y en el Colegio del Rosario (Rector Doctor Nuñez Conto), en donde comenzó sus estudios de Medicina; Carrera que optó con la esperanza de poder salvar a su madre de una enfermedad poco conocida entoces (Cáncer); siguió a Europa a continuar sus estudios en 1854, y regresó a Medellín en 1860, habiendo encontrado a su madre en tal estado de gravedad que fué imposible salvarla. Por motivos de mala situación de negocios de Don

Cipriano, pasó los últimos años de estudios en París en la mayor pobreza.

Contrajo matrimonio con la Señora Rosa Lalinde el 16 de abril de 1864 (como curiosidad le envío copia de la contestación que le dió a mi papá, cuando mi padre pidió la mano de mi madre;

*Cali, 16 de octubre de 1863.*

*Señor Ricardo Rodríguez.*

*Medellín.*

*Mi querido amigo:*

*Si yo hubiera tenido derecho de elegir un joven para encargarlo de la felicidad de mi hija, lo habría escogido a Usted. Pablo es quien me representa en esa, entiéndase con él. (Su affmo amigo. Nazario Lalinde). Siguió a Cali en el ejercicio de su profesión de 1867 a 1871. Fué por segunda vez a Europa en 1873, a estudiar Hidroterapia, y aprendió el grabado de lápidas, para enseñarlo a mi tío Melitón.*

*Estableció en Medellín la Hidroterapia, lo que costó sus*

economías del Cauca, y algo más que le regalaron Don Marco Antonio Santa María y Don Pablo Lalinde. Fué llamado a Ocaña en 1877 a 1881 en ejercicio de su profesión y allí contribuyó al establecimiento del Colegio de San Luis Gonzaga y a la llevada de las Hermanas de la Caridad para otro Colegio.

Los viajes a Cali y a Ocaña fueron porque en Medellín no tenía a quién pasar cuentas, porque todos eran sus parientes y amigos, etc. Trabajó por obligación hasta el año de 1886, época en que le rindió una enfermedad contraída en Ocaña en el ensayo de las quinas. Murió en Medellín el 10 de agosto de 1912, con todos los auxilios espirituales.

No quisiera que hiciera mención de que fué diputado a la Asamblea de Antioquia, en el año de 1883 y 1884, ni que como médico de las tropas, con graduación de Teniente Coronel, acompañó a Pascual Bravo en la pelea del Cascajo, ni que lo llevaron amarrado a Abejorral en 1860, y que luego cuando se acercaba el general Mosquera, lo trajeron a Medellín el 16 de octubre, día en que mataron a mi Papá Cipriano en la Plaza de ésta ciudad; porque mi padre detestaba y todos

OCAÑA

nosotros aborrecemos cordialmente lo que se refiere con nuestras politiquerías.

Le doy gracias por sus atenciones, en nombre de los míos y en el mío propio.

Nota:

En su juventud, cuando le mordía la más dura pobreza en sus días de París, se las hubo de ver como ayudante de fotógrafo y como escultor - ayudante, apenas -, para ser sinceros -, en el grabado de lápidas en alguno de los cementerios de esa ciudad. Ahora volvía con plata, era el año de 1873 y habían pasado 13 años de aquellos tiempos duros. Trajo, para su hermano Melitón, todo el instrumental de escultura, bien adornado con los monogramas que afirmaban, a las claras, que su hermano no se quedaría corto. A más de las Hidroterapias llegó al día para impulsar a Melitón, quien era tan artista, a poder dedicar su oficio al levantamiento del prosaico Medellín... Y para un buen ojo, no escapaban las pequeñas y discretas firmas con que él, Hernando Marino y otros de su casa, dejaron un poco de belleza y de las caligrafías propias del joven estilo, para revestir, piadosamente, las huesas de tanto paisa cuya memoria apenas permanece en los mármoles de lo que fuera el inicio de la escultura de Antioquia.

El Doctor Ricardo, con su bendición  
fue es una bella celebración de oro  
Institución de generación de oro  
tación entre los médicos de la casa  
Por esta época ayudaría a hacer  
de Medellín no podía pasar  
cuarenta y todos eran el pueblo

# LA ACADEMIA DEL TÍO MELITÓN



En pleno oficio de esculpir le  
tomó la foto alguien de su casa.  
Taller y estudio estaban puerta con  
puerta.  
El tío tenía toda la resembi-  
lidad artística de la familia y  
un corazón tan bueno que parecía  
de niño.



## LA ACADEMIA DEL TIO MELITON \*

Buen capítulo para una novela podrá ser la historia de la casa del tío Sisabuelo, Melitón Rodríguez, en la prosaica, batraica, práctica y crenatística Antioquia de hace cien años largos.

Casa generosa y larga, acogedora para extranjeros y nacionales, anigra de las letras y de las artes, con su toque de bohemia y su toque de buen corazón, en mesa abastecida, en la que no faltaban comensales que leían sus poenas, invocaban espíritus y charlaban hasta el alba de arte y de artistas.

---

\* El Sisabuelo, hermano de mi abuelo.

Los menesteres fotográficos y escultóricos eran vistos desde sus más altos minaretes, aunque debiesen retratar a personajes y personajillos de toda catadura o esculpir lápidas de muertos, ya que en la vida se le habría ocurrido a uno de nuestros patriarcas carrielones tener siquiera una réplica de un buen mármol, salvo el culto de don Coriolano Amador.

Muy a su pesar, Melitón hubo de vérselas con la vida cuidando de *pompas fúnebres* - exótico nombre, mis señores. ¡Pompas!... Pero así se les llamó, se les llama y se les llamará hasta que entre el tercer milenio.

En la casa del viejo Melitón, padre de otro Melitón, ya inmortalizado por su muy famoso archivo, fotográfico, que es patrimonio de la patria chica, y aún de la grande, se dió cobijo a más de uno de los promisorios talentos de las artes, quienes, de no ser por la bondad del viejo, habrían de almorzar con el desayuno.

Caso famoso entre todos fue el huésped de cinco años, Maestro Francisco Antonio Cano, quien dejó su testimonio

escrito en una de las más interesantes y heroicas publicaciones con las que se inició la vida cultural de Antioquia: *Lectura y arte*, y fue, precisamente, en sus números 7 y 8 que salieron en una entrega por los malditos asuntos del capital - o del principal como se decía por la tierra.

Dejemos, pues, que sea el propio Canito quien nos hable de su querido padre espiritual:

*Se me permitirá, sin duda, faltando esta vez a lo establecido en la Revista de no registrar en ella movimientos sociales como muertes, llegadas, despedidas etc., de personas notables - se me permitirá, digo, ocupar sus columnas con asunto enteramente personal, pues lo que me propongo recordar aquí el nombre del D. MELITON RODRIGUEZ. Es más que todo deber filial el que me obliga: D. MELITON obró como padre mío ofreciéndome su cariño, su casa y su familia en época angustiosa para mí, y como hice uso de ese ofrecimiento y viví con él más de cinco años, sobre haber acreído enorme deuda, tuve campo demasiado a propósito para apreciar sus virtudes ó, mejor dicho su bondad. Casi podría*

decir que D. MELITON no fué hombre virtuoso, porque para obrar como obró toda su vida, no tuvo que hacer esfuerzo alguno, sino que, guiado por algo íntimamente ligado a su naturaleza, era natural y espontáneo en sus movimientos, bondadosos todos ellos y tan altruistas que le hicieron rayar en lo pródigo. No contó jamás su haber, miró simplemente el dolor ajeno, no se cuidó de su holgura personal, sino de las escaseces de su prójimo. Su trabajo le suministró, como por milagro, con que darse ese gusto inefable, que le hacía dichoso, de entregar siempre en bien de otro todo lo que llegaba a su bolsa. Sus penas, sus grandes penas, las tuvo en sus últimos días, porque era imposible mantenerle ignorante del dolor de los demás y ya no era posible que en estos tiempos lloviera del cielo el maná con que en otros hubiera acudido a su socorro. Su carácter se le podría pintar diciendo de él que, habiendo muerto de sesenta y ocho años fué siempre un niño: su manera de ser en todo, su afabilidad, su inteligencia, sus costumbres todas, hasta la indignación por la injusticia con él o con los demás, la espontaneidad de sus conceptos, su sinceridad, todo era infantil en D. MELITON.

# VIEJOS IGRENIOS

Era un niño, un niño como aquel en el cual debe convertirse, según el Evangelio, quien desee gozar de las delicias celestiales.

Hasta aquí la nota personal del maestro Cano.

Casa abierta a todos cuantos quisieran hablar de artes fue la morada del tío Melitón: Los Hausler, los de Greiff, Los Márquez, los Cano, el joven Tobón Mejía y cuantos veían en la fotografía, no un negocio tributario a la vanidad del hombre, sino un arte que inmortaliza un instante del tiempo, de la luz, y de la vida, y que lo guarda siempre en una placa. (1)

Un anciano de la familia, en el momento de su partida, me dejó esta

(1) A Melitón hijo, su tío el doctor Ricardo, le inició en su vocación de fotógrafo al prestarle libros franceses de ése arte, y como de ayudante de fotógrafo se desempeñó el tío veinte años antes de que naciera el sobrino, también le pudo comunicar muy buenas experiencias personales que darían el grito en aquella familia de artistas.

maestro de la fotografía...  
Opinión no puede ser otra que  
de la belleza grande y los pa-  
peles de su mano.  
Bohemios, sacerdotes, baguettistas,  
transcendentes, místicos, profetas,  
artistas, gente de buen corazón  
que ahí se encuentran.

# LAS TÍAS ABELAS



GONZALO GAVIRIA

MEDELLIN



Maía y Carminã

Maía pudo ser Carminã  
y Carminã pudo ser Maía.  
Encantadoras mujeres de la  
casa, guapetonas buenas.  
Apenas viven en la memoria  
de unos pocos viejos que nos  
quedan.

## LAS TIAS ABUELAS \*

Eran solo dos hermanas: Carmiña y María... Prototipos de la mujer de Antioquia, no solo por ser mujeres muy hermosas, de gran estampa, sino porque sus destinos misteriosos las llevaron por el camino de la discreción y de la entrega.

Hablando en plata blanca, no sabría decir cuál de las dos fue más bella o más hacendosa o más antioqueña.

Cada una siguió su sendero en el azar de la vida, cosa que muchos llamamos la Providencia, y bien pudiera haber sido como fue, lo mismo que pudiera haber sido, absolutamente, lo contrario... María ser Carmiña o Carmiña ser María.

---

\* Carmen y María Rodríguez L.

Y no me tome esto como especulación introductoria, o como palabras vacías... El asunto se decidiría según cuál de las dos se decidiese a dar palabra de matrimonio, el sí, a esa cosa que llaman el amor, y que muy pocos saben qué es, porque cae del Cielo o cae del infierno, o, sencillamente, cae... Como un aguacero que cala hasta los huesos.

Suele empezar con una cierta indiferencia y aún con una cierta repulsa, que a fuerza de constancia se ve quebrando, *La constancia vence lo que la dicha no alcanza*, dice el sabio pueblo, hasta llegar a convertirse el dicho en hecho ineludible e inexorable...

Don Fulano persevera, don Fulano lleva serenatas, don Fulano manda flores, don Fulano ha sido visto con la distinguida señorita, ya en la Misa, ya en la retreta, ya en el peregrino paso anual de la compañía de teatro o de zarzuela... Los demás caballeros miran a don Fulano y su futura, con cierto temor reverencial y dejan libre la plaza. Ahora don Fulano pasa de la ventana a la sala, y en la sala charla con toda la familia, sentado a tres metros bien contados de aquella pálida hija de Eva, y don Fulano toma



mistela con galleticas (hechas con primor por la niña), y tal vez aún, en paseo muy tronado y anunciado, se han llegado hasta un buen charco de la Santa Elena, en donde han apurado los fiambres que la familia de su novia... !Por fin decimos la palabra!, !porque son novios!, y todos lo saben... Después de despachar presas de pollo, huevos duros, papas cocidas y bocadillo veleño, la madre de la doncella ha trazado toda una línea Maginot, arriba de la cual se bañan el novio y sus cuñaditos, con trajes de presidiario, y abajo, endosados castos y talares *chingues* se bañan las muchachas, la noviecita y aún la ilustre matrona, llegada hasta allí en mansa mula.

Olvidaba decir que en la función, ya en el Circo Español o en el recientemente construido Teatro Bolívar, que era nuestra Scala de Milán, el caballero ha tomado palco, y estira larguísimo cuello; la dama, más bella que nunca, le mira a través de sus *impertinentes*... Y también, quizá, a otro, a ese "otro" que llegó tarde, o que nunca llegó.

Todo esto, más unas cuantas esquelitas en papel azul, y perfumado, y dos o tres fiestas de rigurosa etiqueta, eran

los rituales del amor de las abuelas, no muy seguras de su felicidad, aunque sí de su fidelidad y de su abnegación, hasta el día en que, con la majestad con que María Estuardo puso la cabeza en el tronco, ellas pondrán la mano para recibir un diamante, decir que sí y mirar para adelante, mitad al cielo y mitad a los años que depare la vida... Las hubo muy felices, con suerte de princesa de cuento; las hubo muy desdichadas, rumiadoras de silencios y de penas; pero todas, siempre, muy dignas.

Perdonarán la larga digresión sobre el noviazgo de la Antioquia, y de media humanidad, en la *Bella Epoca*, que las diferencias serán solo de matices, ya que bueno es saber que una de las dos hermanas pasaría por esta prueba, mientras, por secretos y tácitos pactos, la otra, ya sabemos que eran dos, bien sabía su deber: Estar como centinela de los padres longevos, muy señora de su casa, providente y hacendosa... !Queridísima tía!

En las casas en donde había muchas hijas --que eran casi todas-, aquella función, que incluía también velar sobre hermanos solterones, tíos locos y viejas sirvientas, le caía

en suerte a la más feilla y esmirriada, aquella que iba quedando como desecho de todos los noviazgos de las hermanas bonitas, aunque por algo, también decía el pueblo: La suerte de la fea la bella la desea, y es que, a lo mejor, la primera que levanta novio era aquella de la que nadie esperaba... De todo se da en este Valle de lágrimas. Pero la ley es la ley, y la tía, fea y querida, era el ángel guardián de toda la parentela arrumbada pero recompensada, sí, con la posesión de la casa y sus menajes, a puerta cerrada, como justa indemnización.

En nuestro caso no había fea... Eran dos hermosas hermanas... Y las dos sabían que una subiría a los altares y la otra velaría por el doctor, su padre, y doña Rosita, su madre... Allí, gracias a Dios, no había ni tísico ni tahir, ni bobo ni loco. De todas todas, a una le tocaría quedarse de *Señorita*, no por cosas de San Antonio, sino por el más kantiano de los deberes, ¡todo en un imperativo categórico!... No por desgarbadilla, que garbo era lo que le sobraba. Basta ver los retratos, que los hay muchos muy buenos.

Aquellas niñas, flor y nata de nuestra raza, tanto se querían, que les era absolutamente igual ceder el paso, una a la otra, para lo que fuera, Carmiña habría podido ser María, y María podría haber sido Carmiña, de manera que no andaban con prisas y sí con una buena corte de señoritos que se morían por una, o por la otra, o por las dos.

Todo saldría de la mano de Dios, puesto que ambas eran cortejadas con aquellas cortes de nuestros cortijos... No eran ricas, pero sí acomodadas. Sus hermanos eran ricos y por demás parientes todos de familias de la *creme* de Medellín, a la cual también ellas pertenecían.

Un buen día, entre los pretendientes de entrambas señoritas, se fue distinguiendo un caballero muy puntual y aún guapo, cercano a la familia, por el parentesco político con los Ospina de don Tulio.

*Matrimonio y mortaja, del Cielo baja...* Carmiña vió cómo Francisco Pérez, que este es el nombre del agraciado, andaba loco perdido por su hermana María, y vio que a su hermana, bien sea la gracia o bien sea la constancia, acababa por

hacerle tilín.

Carmiña, con sabia caridad, empezó a ser indiferente con aquellos que con ella tenían mil finezas, como para dejar que tomase ventaja y libertad su hermana, en darle el sí, si es que ella quería, a tan buen señor, que por ser Pérez no tenía más remedio que ser de Entreríos, y que tan asiduo se mostraba, dando comienzos al ritual, ya recordado, del noviazgo antioqueño de la Bella Epoca.

Para abreviar, basta saber que María se casó con Francisco, y como la vida es la vida, y los cuentos son los cuentos, pasó todo lo contrario del final del cuento, no por falta de virtud, sino porque una dura enfermedad trabajaba en la cabeza de Francisco, quien encontraba más bella a su María después de cada maternidad, mientras a él, su espejo, todas las mañanas le reflejaba la figura de un magro caballero, que se iba pareciendo, más y más, a don Quijote de la Mancha. La enfermedad de Francisco fue la misma de Otelo, por tanto remitámonos en lo físico a Cervantes y en lo espiritual a Shakespeare, e iremos formando una idea de las turbulencias que iba sufriendo nuestro buen tío abuelo, como

en su casa se oía contar, al verse lleno de muchachitos, que le iba dando a luz aquella hermosa muchachita, tan hacendosa, tan antioqueña, tan discreta.

Los celos empezaron a sorberle el seso, dejándole sin descanso ni de día ni de noche... Si cantaba un pájaro allí, creía oír una secreta señal de entendimiento, y si un caballo pasaba en la noche, entonces vislumbraba un amante secreto... Empezó por olvidar el sueño, rondando por la casa y el solar, mirando las tapias en donde veía cabezas e imaginarias escaleras, y si era en el campo, en la paradisíaca finca de La Laguna, allí se hacía más cerrado el círculo de sus celos, pues las ramas que se movían con el viento le parecían hombres que llamaban; y los arbustos, embozados caballeros, hasta los que se llegaba con un hacha afilada, listo para partarlos en dos... Se le iba la noche vagando por los corredores, hasta que la luna se achicaba, atisbando sobre los bardales, espiando en las puertas... Veía amantes, creía ver a su María en los brazos de otro, y cuando entraba a su cuarto, allí estaba la pobre, haciéndose la dormida, mientras los niños mayores abrían tamaños ojos de miedo, viendo la cara del papá y el hacha en las manos,

como para tumbar cabezas a mandoblazo limpio. Cuando llegaban los días buenos, miraba a María, que era solo virtud, y miraba las caras de Bernardo, de Luis... De todos sus hijos, entonces sentía quizá más dolor que en los días malos.

Sabía que no tenía razón para dudar de su mujer, que era la más buena del mundo... Pero, ¡era tan bella!

Toda la familia quería inmensamente a Francisco, y la primera era María. Con toda la entereza de nuestras antiguas mujeres, llena de la máxima comprensión, cuando llegaban los tiempos malos, en los que Francisco comprendió que se hacía aún peligroso, por lo cual, de acuerdo con su médico, se optó por el prudente retiro, de tanto en tanto, a un lugar de reposo del cual solía volver tranquilo... Luis, su hijo, muchos años después, y también hace ya lustros, contaba que todo esto se hacía, especialmente por ellos, los niños, para que no sufrieran aquello que no entendían ni tenían entonces por qué entender... Su padre era el hombre más tierno de toda la Villa de la Candelaria... Eran estas las penas de nuestros viejos, duras y limpias, ajenas a su voluntad, y

por tanto distintas a las que hoy deben rumiar en sus silencios nuestros volubles contemporáneos - Ahora, sí, penas vergonzosas.

Conoci a la tía María cuando ella era muy anciana y yo muy niño, me gustaba mucho ir a verla a su casa de la Avenida Echeverri, en donde vivía, ya postrada, en su cama de enfema, y rebozante de dulzura y delicadeza con los niños, a quienes nos contaba historias y cuentos, además de endulzarlas con muchas colaciones, que tenía siempre a mano en un frasco muy fino de cristal cortado... Eran colaciones hechas con el azúcar más blanco y con su corazoncito de corozo.

En los labios de la tía estaba siempre el nombre de su hermana Carmiña, quien tanto la acompañó y ayudó, no sin cumplir, puntualmente, con su *sagrada obligación* de velar por sus padres, y por Jaime, su hermano pequeño.

Cuando fueron llevados al cementerio sus ancianos padres, Carmiña ya debía andar por los cuarenta y tantos, pero supo guardar bien su corazón, ya que bien comprendía cuánto la



# EL TIO FÉ

necesitaba su hermana María. Era mujer aún deslumbrante, la tía Carmiña, a la par que sensata: A mujeres como ella solamente las podían pretender viudos ganosos o solterones redomados; llevaría, pues, todas las de perder.

Sin ser joven, ni tampoco vieja, en medio del cariño de sus hermanos y de sus sobrinos, siendo alegre y festiva, un día cerró aquellos ojos que seguían pareciendo soles, y se quedó dormida para siempre.

Carmen, ese dulce nombre de mujer española, puede bien venir de una voz latina, y significa poema. También puede ser árabe y significa jardín... Cualquiera de las dos hipótesis vale para la tía.

*Las tías Juana y María, etc.  
de la novela "El Tío Fé"  
por el autor  
1925*